

MIGUEL MARMOL

En los diarios nos hemos enterado de la terrible noticia de la muerte del compañero Miguel Mármol, figura insigne del movimiento revolucionario salvadoreño y latinoamericano.

Nació el 4 de julio de 1905.

La pobreza de su infancia le templó el espíritu revolucionario. Sirvió a la lucha por la justicia para su pueblo y para todos los pueblos, sin interrupciones y sin dobleces. Cárcel, clandestinidad, crueles persecuciones, exilio, bajo todas las circunstancias fue ante todo un luchador revolucionario. No buscó bienes ni comodidades. Su estado natural era la lucha por la causa de la justicia y la democracia.

Durante la brutal represión de 1932, fue fusilado. Sobrevivió. Un hecho insólito. Una experiencia única. Conocer los detalles de este acontecimiento no interesa como simple anécdota. Es una lección de temple revolucionario. Es la prueba de la indestructibilidad de la conciencia de los verdaderos luchadores por la causa del socialismo.

No debemos olvidar que ningún movimiento político ha aportado tanto al desarrollo de la humanidad como los comunistas. Los momentos difíciles que atraviesa el movimiento revolucionario, son aprovechados por los ideólogos del capitalismo en su intento de borrar las ideas revolucionarias. Muchos han cedido. Se han pasado al campo del enemigo. Este es un fenómeno transitorio. Las ideas y la praxis de transformación social, tomarán nuevo vigor muy pronto, antes de lo que se imaginan los que vaticinan «el fin de la historia».

El mundo es más inestable hoy que antes, las crisis más profundas y mayor la injusticia social. Se mantiene vigente la necesidad de un mundo que elimine la explotación del hombre por el hombre.

Las distorsiones introducidas en el movimiento revolucionario por «estados socialistas» burocratizados y con graves desviaciones políticas y morales, han desaparecido. Se ha recobrado el justo equilibrio entre lo general y lo nacional en los movimientos sociales. Nuevos caminos se abren a los pueblos; todo será nuevo porque así lo exige la vida misma. Pero la orientación científica del marxismo-leninismo y el ejemplo de combatientes como Miguel Mármol, permanecerán por siempre. Convocan a las nuevas generaciones a la lucha contra la injusticia y la irracionalidad del capitalismo.

SOBREVIVIO PARA

El escritor revolucionario Roque Dalton recogió de viva voz la autobiografía de Miguel Mármol. El libro fue publicado por la Casa de las Américas, en La Habana. Se trata de un fragmento vivo de la historia heroica del pueblo salvadoreño. El libro tiene como centro

Vino en segundo grito, ya muy cerca de la celda, llamándome. Yo contesté golpeado: «¡Aquí estoy, carajada!» En lo que los policías abrían la puerta, repartía mi comida entre los que se quedaban, el rancho de tortilla y frijoles y huevos que nos habían logrado meter desde la calle los familiares de algunos reos. Me sacaron a empujones, tomándome del pelo y pegándome hasta con las pistolas. No me dejaron ni ponerme la camisa, me la amarraron a un brazo después de atarme fuertemente las muñecas a la espalda. Y todavía les dije, para no perder la moral: «No saben ni amarrar como la gente, chambones». Ahí me dieron un codazo en el estómago que me sacó el aire y me hizo ver lucitas. A pura riata me bajaron al patio, al grado que yo pensé que ahí mismo me iban a matar. Pero no, me habían llevado allí para reunirme con otros reos. En pocos minutos estuvimos reunidos 18 prisioneros, casi todos camaradas del Partido o sindicalistas de la Regional. Entre ellos recuerdo a Manuel Bonilla, líder del Sindicato de Trabajadores de Hotel, un muchacho de unos 25 años, miembro de la Juventud Comunista; a Rafael Bondanza, un gran camarada del Partido, maquinista del ferrocarril de Sonsonate; al camarada Marcelino Hernández, panificador; a Santiago Granillo, paisano mío, oriundo de Ilopango y especialmente odiado por las autoridades porque se había dado el lujo de verguear uno por uno a todos los aviadores militares del aeropuerto, pues era un hule el muchacho aquél para dar y quitarse los zopapos, además de magnífica gente (esa noche, por cierto, por estar tan mal recomendado por los de la aviación, se enojaron con él y le cortaron los brazos al cadáver); a mi camarada Dimas de la Juventud Comunista, de quien ya hablé antes; a Serafín G. Martínez; líder sindical y trabajador de la Singer, que por cierto no era miembro del Partido; a Alfonso Navas, sastre comunista y hombre muy estimado en su gremio, por trabajador y honrado; al ruso y su ayudante, etc. Este ruso era un extranjero que se dedicaba a vender imágenes de santos en las zonas rurales y la gente decía que era un comunista soviético de la Internacional, pero la verdad es que nunca tuvo contacto conmigo ni

con el Partido, que yo sepa. Era joven, alto, rubio, bien parecido y tenía tipo eslavo. Y si no era comunista, la verdad es que murió como si lo hubiera sido, con una serenidad tremenda.

Un camión entró en el patio para llevamos. Los policías comenzaron a obligar a los reos a subir, a puros culatazos. Yo no pude subir porque la cama del camión era muy alta y entonces dos policías me guindaron de los brazos y me tiraron al camión como si fuera una maleta. Caí todo doblado junto al ruso y le pedí que me permitiera recostar la cabeza sobre sus piernas. El hablaba con acento pero en correcto español, y me respondió con gran cordialidad: «Acuéstese, camarada, no tenga pena». Así salimos de la policía velozmente y enfilamos con rumbo a los alrededores de la ciudad, precisamente en dirección a mi zona natal, cosa que se me hizo evidente cuando pasamos frente a Casamata, donde un piquete de soldados nos pasó una inspección. A cargo de nuestra custodia iban en el camión diecisiete policías nacionales armados con fusiles máuser, el jefe de la Comisión, llamado capitán Alvarenga, que iba en la cabina con una ametralladora de mano alemana, de las llamadas «Solotur», y el chofer, que también llevaba una «Solotur». Por cierto que el tal capitán Alvarenga falleció algunas semanas después, de fiebres intestinales, impresionado quizás por tantos y tantos crímenes como aquellos. Se fue en caca el hombre. Al pasar por Soyapango nos salió al paso un pelotón de Guardias Nacionales que tenían tendido una emboscada y pidieron que fuéramos entregados a ellos para fusilarnos allí mismo. Dijeron que nos querían «beber la sangre». El capitán Alvarenga se negó, alegando que la misión era de él y que él la iba a cumplir. Entonces fue que supimos claramente y, de una vez por todas nuestro destino. Los guardias finalmente accedieron a dejarnos pasar y les dijeron a los policías que podían actuar con tranquilidad, ya que esa zona estaba controlada por ellos y por tres o cuatro patrullas militares en ronda constante. Yo pensé que en medio de todo había tenido suerte porque me iba a tocar morir cerca de mi pueblo, cerca de donde está enterrado mi ombligo. Como hubo inquietud